

Celebración del abismo, de Antonio SÁNCHEZ ZAMARREÑO.
Colección Abezetario. Institución Cultural «El Brocense».
Diputación de Cáceres. 2007, Cáceres

He leído con mucho interés la última entrega de la *colección abezetario* de poesía de la Diputación de Cáceres, que acaba de salir a la calle con la letra «K» mayúscula. Es el nuevo libro poético del salmantino Antonio Sánchez Zamarreño (1951); a un estudio suyo sobre la poesía de Luis Rosales llegué hace ya muchos años cuando estudiaba filología y ahora (qué atrevida es la ignorancia) le descubro como poeta.

Profesor en la Universidad de Salamanca y estudioso de la poesía española contemporánea, ésta es su segunda entrega poética; tiene muchos poemas sueltos en revistas y antologías pero dos únicos libros. *Celebración del abismo* –así se titula– es ciertamente un homenaje a la literatura, a esta eterna compañía del silencio. «Escribo para desvanecerme», asegura en la poética que abre estas páginas. Celebración sentida, a sus lecturas, a su profesión y a sus poetas, dividida escrupulosamente en tres partes. En la última, nómina de autores que aparecen abrazados en una especie de testamento poético. «Llama de palimpsesto» titula el poeta su tributo a autores como Berceo, Manrique y Garcilaso, los místicos, Góngora, Quevedo y Lope, llegando a Unamuno, los hermanos Machado, Juan Ramón, Lorca, Miguel Hernández, Borges, Gloria Fuertes, Valente, Goytisolo o Claudio Rodríguez. Guiños emotivos a amigos como Pepe Hierro o intertextualidad exhibicionista al hablar con un «poeta menor» que lleva el mismo nombre que el autor. Declaración amorosa, decidida, en cuerpo y alma. Me gusta mucho «Burla», su corta despedida a Luis Rosales:

Nos vertemos como ríos,
 tú al quererme, yo al quererte,
 yo en tus mares, tú en los míos:
 pondrá su boca la muerte
 sobre dos cuerpos vacíos.

Tras la primera incursión (que lleva el título del poemario), donde el poeta habla de sí mismo, del amanecer, del agua, de su epitafio, se abrirá una segunda parte breve, inmediata, casi como fotogramas perdidos ante el vértigo de la vida, la inmediatez, lo fugaz. Noventa y dos pequeños destellos poéticos de forman «La picadura de la espuela»:

[15] Sombra de pájaro o de sombra,
 cuando escribo un poema
 ya estoy en otro que aún no he escrito.

[35] De tres palabras, aún me sobran tres:
 en lo que callo expreso lo que soy.

[77] El poeta es un ojo
 que se vacía en el poema.

[84] Detrás de mí, estoy
 dormido yo en un bosque.
 Y, aunque aquí escribo estas palabras,
 tengo que soñarlas al otro lado.

[91] Muerto el poeta, no callará nunca.
 Es otra plenitud en otra boca.

Deliciosamente embaucadora esta parte central del poemario. Exquisitez de imágenes, de ritmos internos, de juegos lingüísticos alucinantes. Ya celebro yo (y lo seguiré haciendo mucho tiempo) el encuentro providencial de este poeta existencialista, de andadura clásica y temática amorosa, compañero de abecedario poético y de inquietudes. Se enriquece así nuevamente una parte de las mejores colecciones de poesía actual. En el umbral del abismo han quedado para siempre su lectura y mi lectura.